

La Cortadura, poniéndolo bajo el nombre y la protección de San Fernando. En ese sitio, cuando la guerra de sucesión, y ataque de Cádiz por la escuadra de los aliados, se había construido otra cortadura, reducto formado solo de faginas y con un foso. Desde antiguos tiempos había allí una garita de piedra, llamada de dos mares, desde donde las atalayas vijilaban las costas del Sur y de la bahía.

La cercanía del ejército francés hace que todo el pueblo de Cádiz, por decirlo así, acuda á terminar la Cortadura: grandes y pequeños, acaudalados y pobres contribuyen con su personal trabajo. Hasta forasteros distinguidos siguen el ejemplo. El duque de Híjar, con su gran cruz de Carlos III al pecho, es uno de los que cual el trabajador mas humilde, presta este servicio á su patria. El nombrado guardian de los Capuchinos Fray Mariano de Sevilla, con su comunidad formada, se presenta un día; y véense mezclados entre los albañiles, comerciantes, personajes de noble estirpe y artesanos, los religiosos con el pico y la azada y acarreando piedras. Al siguiente día vuelve la comunidad y tras ella vienen todas. La de San Juan de Dios concurre por mitades: mientras unos van á los trabajos, los otros están junto el lecho de los enfermos. Límpianse los fosos de la muralla de la ciudad, ármense sus glacis, pónese en defensa el castillo de S. Lorenzo del Puntal, derribanse mas de doscientas casas, que hay entre las puertas de Cádiz y la Cortadura, para dejar expeditos los fuegos. El pueblo entero activa rápidamente estas operaciones: solo los pobres reciben jornal, dado por los mismos que con ellos voluntariamente trabajan. Adviértese que la Cortadura en baja mar queda descubierta. Faltan mantas y abrojos defensivos. Los vecinos de Cádiz llevan allí rejas de sus ventanas, hierros de sus balcones, pasamanos de sus escaleras (1). Qué les importa la seguridad de sus casas? La de Cádiz es la que ellos quieren, y con la de Cádiz la seguridad de la independencia de España.

Adelántanse 40000 franceses hácia Sevilla; y hé aquí que cuando con pocas fuerzas cuenta Cádiz para defenderse, llega la noticia de que el Duque de Alburquerque con su ejército, que opera en Extremadura, está en las Cabezas de San Juan y que pronto se dirigirá á la isla gaditana.

Redóblase el entusiasmo público. Cádiz está salvada y vá á ser invencible: es la voz del popular regocijo. Llega el 4 de Febrero á la Isla de Leon Alburquerque. La division véese hambrienta, fatigada y desnuda. Es nombrado Capitan general de Andalucía y obliga á aquella tropa, desalentada por las rápidas y continuas marchas, á ocuparse día y noche en fortificar la Isla de Leon.

Cádiz socorre á los once mil hombres de Alburquerque, con alimentos, vestuarios y dinero, todo en su mayor parte donativos de este vecindario.

En tanto el mariscal Víctor, que llega al alcance de Alburquerque y que vé imposible su entrada por la vía de las armas en la ciudad de Cádiz, establece su cuartel general el 5 de Febrero en el Puerto de Santa María.

Al día siguiente un buque parlamentario se acerca á la ciudad. Conduce al portador de un oficio de los tres generales D. José Justo Salcedo, D. Pedro de Obregon y D. Miguel de Hermosilla. Piden á Cádiz que reconozca por Rey á José Bonaparte, diciendo desearlo así todos los españoles, y que abra las puertas de la

(1). 803 fueron las ventanas, 268 los balcones y 111 los pasamanos.

ciudad á sus auxiliares los franceses. Convócase la Junta. Mientras los vocales se reúnen, el presidente gobernador D. Francisco Javier de Venegas muestra á D. Salvador Garzon de Salazar, uno de estos, la intimación, manifestándole la necesidad de confundir con buenos y estensos raciocinios la deslealtad de aquellos españoles. Garzon de Salazar está empezando á formar en aquel instante un cigarro de papel; y dice al general: «Para responder á esta intimación no hay necesidad sino de solas cuatro palabras, que sean la expresión de la dignidad y energía de Cádiz: tan breve ha de ser la respuesta, que en este mismo papel me atrevo á escribirla.» Y en efecto, en el mismo papel la traza y en ese mismo papel la lee á la Junta, la cual la acepta como suya, y desde aquel punto adquiere una gran celebridad hasta pasar á inscribirse en mármoles y en oro.

La Junta no quiere leer las proclamas de José Bonaparte y las devuelve con la lacónica respuesta que ha acordado:

JUNTA DE GOBIERNO DE CÁDIZ.—LA CIUDAD DE CÁDIZ, FIEL A LOS PRINCIPIOS QUE HA JURADO, NO RECONOCE OTRO REY QUE AL SEÑOR DON FERNANDO VII. CÁDIZ 6 DE FEBRERO DE 1810.—FRANCISCO JAVIER DE VENEGAS (Presidente).

Otra igual intimación hacen los tres generales, adictos á José, al que lo era de marina D. Ignacio María de Alava, á cuyas órdenes está la escuadra española en bahía; pero su respuesta, si no tan breve, es no menos digna y enérgica.

Llega José Bonaparte al Puerto de Santa María, donde recibe el obsequio de una fiesta de toros, á que asiste por vez primera. Duélese de ver tan cerca la importante plaza de Cádiz, y no poder entrar en ella. Envía secretos emisarios: envíalos también públicamente; pero nada consigue, sino desengaños. Prohíbese la entrada de parlamentarios: la bandera de estos en los buques servirá solo de blanco á los tiros de los cañones de nuestras murallas. Un pliego de los partidarios de José, que llega á manos de la Junta, á pesar de estas precauciones, no es abierto, y sí llevado á la plaza pública y quemado á presencia del pueblo por mano del verdugo. Desde que sabe José que no puede obtener en el momento la ciudad de Cádiz, mas bella le parece todavía.

En un barco parlamentario vá á intimar la rendición de la escuadra de orden de José Bonaparte un canónigo de Sevilla llamado el Dr. Morales. Tiene que volver atrás la barquilla en que se dirige á desempeñar su encargo, ante las amenazas de nuestros marinos; y regresa tristemente el canónigo al Puerto de Santa María á contar á José el mal suceso de su empresa.

En Cádiz se halla el famoso poeta D. Juan Bautista de Arriaza, y escribe y publica á principios de Abril una graciosa invectiva poética contra el canónigo, extraño mensajero para notificar la rendición á una escuadra. El título de esta obrita es el de *Desenfado patriótico* compuesta en forma de diálogo entre un emisario y un patriota.

Tiene por lema estos versos:

Así son, cual mas, cual menos
Todos los hispanos-galos:
Sirvan una vez los malos
De diversion á los buenos.

La invectiva de Arriaza es muy celebrada. Hallándose el autor en la plaza

de San Antonio, rodeado de muchos que aplauden su escrito, se acerca el célebre poeta D. Manuel José Quintana, el cual recuerda en aquel instante que Arriaza habia sido comensal y en mil maneras favorecido por el canónigo. «Siento, le dice Quintana, que haya V. maltratado tanto y de tal manera á un amigo tan íntimo de V. y á quien por haber sido mio á pesar de su proceder político, siento ver así ofendido.» Arriaza le responde: «Y ¿eso qué vale? Con tal de decir un chiste, nada me importa perder un amigo.» «Pues ahora, replica Quintana, ha dicho V. una majadería y ha perdido dos.» Y sin decir mas palabra se aparta de aquel sitio.

Por semejantes dias enséñase en Cádiz como objeto digno de la curiosidad por su rareza un peso duro con el busto de José Bonaparte: es el primero que se vé en Cádiz. El ingenioso poeta D. Cristóbal de Beña, capitán de ejército, autor de unas fábulas políticas de mucho mérito, de las poesias La Lira de la Libertad (Lóndres 1813) y de una instruccion de guerrillas, al verlo y ver sus caprichosas armas, improvisa este arrogante soneto.

De las Españas y las Indias rey
Se apellida en su busto el baladron,
Por llamarse, no mas, Napoleon,
Y mandar de asesinos una grey.
Mas quiebra de verdad la eterna ley,
Dándose tal dictado fanfarron;
Pues no le pertenece ni un terron
De los que arando rompe el tardo buey.
Poco importa que un pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan de él,
Si puesta toda en armas, por su mal,
La fuerte España borraré con hiel
De union tan execrable aun la señal.

Esto escriben los poetas. Los prelados de religiones representan el 2 de Marzo á la Junta ofreciéndose por sí y por ellas á la defensa de Cádiz. Muchos religiosos se alistán voluntariamente en la artillería. Diputados de cada comunidad, ante dos vocales de la Junta superior de gobierno, se reúnen con licencia de sus prelados el dia 27 de Marzo para formar el reglamento de un cuerpo que habrá de llamarse de Brigadas regulares de honor.

Previénese en él que todos los religiosos destinados á servir la artillería, estarán á las órdenes del comandante de ella. Tendrán además un gefe eclesiástico, llamado superior, si bien subordinado al de la artillería, y electo á pluralidad de votos por las mismas brigadas.

Dividiráse en brigadas cada una de veinte y cinco ó treinta hombres de una propia comunidad; y si el número de los alistados de ella no es suficiente, se completará con los de otra que por sí no pueda formar brigada.

Cada brigada tendrá tres gefes con los nombres de brigadier primero, segundo y tercero, y usará del distintivo de uno, dos ó tres galoncillos angostos de plata, colocados sobre la sangría del brazo, denotando por su número cual es la categoría.

Todos los alistados habrán de tonsurarse, y componer su cabeza cual eclesiásticos seglares: ninguno usará patillas, bigote ú otro adorno ageno ó indecoroso á su profesion religiosa: todos, fuera de los actos del servicio militar, seguirán sujetos á

sus prelados: su uniforme será pantalon y casaca corta azul: vueltas, solapa y collarin de terciopelo morado con dos granadas bordadas en dicho collarin, ya sean de seda ó de metal, segun lo hubiere. Llevarán bordado en seda ú oro sobre el pecho el escudo de su religion: además gastarán corbata negra, chaleco blanco, sombrero igual al de los artilleros voluntarios de esta plaza, con chapa dorada, en cuyo centro se lea: Brigadas regulares de honor y en la circunferencia este lema: Pro lege, pro lege et pro Patria. Usarán igualmente media blanca, zapato y botin negro de paño. El armamento será un sable corto pendiente de forniture ó correa blanca. El gefe superior vestirá lo mismo y llevará baston y escudo al pecho con los de todas las órdenes de que haya alistados.

Ninguno de ellos, fuera del servicio, usará este uniforme, cuidando de esto severamente los prelados. El que faltare será juzgado en secreto por su superior y por el gefe eclesiástico de la brigada.

Careciendo de facultades la Junta para ordenar que el religioso capuchino use de camisa y para dispensar que el franciscano ó mendicante, que la usa de sayal, la lleve de lienzo, se abstiene de decidir este caso. Lo que los prelados de las órdenes digan, eso y no otra cosa se facilitará por la Junta.

Cuando la brigada de cada comunidad haya de formarse para algun servicio, lo hará en su convento y bajo la voz de su brigadier primero ó el que le sustituya en categoría. En cualquier acto que su prelado se les presente, le harán los honores rindiéndole el sable. Irán formados por las calles: se cuidará de que las guardias, que se les señalen, sean en los sitios mas incomunicados con el vecindario. Auxiliarán á los soldados y á las autoridades en cualquiera conflicto sin efusion de sangre, menos en los casos de que interior ó exteriormente sea acometida la batería, que defiendan, ó no obedecida la voz de un centinela; pues entonces sin peligro de irregularidad pueden resistir con las armas.

Otras mas prevenciones tiene este reglamento, testimonio del trastorno de ideas que hay en este trance.

Aplázase la fundacion de este extravagante cuerpo de brigadas de honor y los religiosos alistados y los no alistados pasan diariamente á prestar un servicio importante á la artillería, que es á formar cartuchos en el parque para el ejército de la isla, para la escuadra y para la guarnicion de Cádiz. Otros, así como algunos eclesiásticos hacen guardias como cualquier voluntario durante el sitio.

En tanto José Bonaparte procura ganar prosélitos en la provincia, creando una comision general de subsistencias. Esta anuncia que sus buenos deseos quedarían sin efecto, si la magnanimidad verdaderamente régia de José I no hubiera venido en nuestro socorro.

«Sabed (dice á los pueblos circunvecinos de Cádiz) lo que hasta aquí tiene pocos ejemplares y quizás para desgracia del género humano tendrá menos imitadores. Sabed que el rey se desprende de sus rentas todas, las cede y manda que se apliquen al suministro de subsistencias para el ejército: sabed que ocupa mas su alma sensible, su corazon tierno, su real ánimo la subsistencia de una sola familia de su reino, de un solo vasallo que el esplendor de los soberanos.»

Trae el manifiesto los ejemplos de los Titos, los Aurelios y los Antoninos y otros príncipes, conocidos como delicias del género humano, y pregunta si entre

estos se encuentra alguno que desprendiéndose, aun en mas feliz situacion, de sus rentas, su patrimonio, su erario, lo ceda todo en beneficio de sus vasallos.

«Dádonos cuanto tiene, exclama la Comision Central de Subsistencias, se ha hecho por solo este motivo acreedor á mucho mas de lo que comunmente debe el buen vasallo á su soberano.»

Pero estos manifiestos no llegan á Cádiz, ni en Cádiz pueden atraer simpatías á José, aunque llegasen. José I cede las rentas, que son de España para mantener el ejército francés que le ha de asegurar en la usurpacion del trono.

José Napoleon, por otra parte ya se ausenta de la vista de los muros de Cádiz; deja el Puerto de Santa María, y se dirige á Ronda, á Málaga, Granada y Jaen para ser conocido.

Llega á la ciudad de Arcos: pasa en ella una noche: al siguiente dia (27 de febrero) antes de partir, oye con su ministro Urquijo y varios generales, y otros magnates de su comitiva una misa en la parroquia de Santa María. Al salir, un leñador ó carbonero llamado Juan Giron, arrójase á sus pies, y le pide una gracia; pregúntale José qué solicita. El leñador le dice que su mujer Antonia Lopez ha parido en la noche anterior un niño y una niña, y que desea que S. M. sea padrino del bautismo de ambos. José le responde que no puede detener su partida; pero que lo será: llama al corregidor don Leonardo Talens de la Riva, que se halla entre el séquito real, y le ordena que tenga en los brazos, como padrino en representacion suya, á los gemelos: dá unas onzas de oro al leñador y parte. Aquella tarde con gran pompa en la misma parroquia de Santa María es el bautismo de los hijos del leñador ó carbonero, poniéndose al niño el nombre de José Bonaparte, y á la niña el de Josefina Julia. (1)

Mientras estas cosas acaecen, comienza á estrecharse el asedio de Cádiz. Pero la Isla de Leon y la Carraca detienen la marcha á los invasores: una y otra están defendidas por pantanos, caños y salinas, que impiden la formacion de un ejército en líneas y en columnas; pues las estrechas vias que hay entre las salinas solo son conocidas de los salineros. Muchos franceses, creyendo practicable el terreno, se dirigen á él, llevados de un valor digno de mas feliz fortuna; pero reciben su sepulcro en vida, siendo absorbidos por el fango. Alburquerque, tras un reñido combate, se apodera del sitio llamado el Portazgo, que está al extremo del arrecife, que va desde el puente de Suazo al camino de Puerto Real y Chiclana. Colócase allí una batería como obra avanzada al puente, y otras en medio de las salinas mismas; y ante ellas queda inútil el poder de Napoleon contra Cádiz. En toda la línea desde el puente al castillo de Sancti-Petri erígense baterías y reductos, siendo notables el del cerro de los Mártires, y uno á las inmediaciones de aquella fortaleza. Allí combaten mucho los vientos del Este, que forman grandes remolinos con las arenas, y en horas suelen cubrir los objetos, cuando soplan con la violencia que suelen. Los ingenieros españoles manifiestan á los ingleses que nada sería mejor que cubrir los parapetos con las pitas, que se usan para los vallados, y que defienden de las arenas las

(1) Estas noticias se deben á mi ilustrado amigo el Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa, vecino de Medina Sidonia.

huértas, como se vé en Cádiz. Arredrados ante los gastos del trasporte y adquisicion de pitas, que ascenderia á unos 500 duros, forman el reducto con faginas. Pero no pasa mucho tiempo, sin que el Este ó Levante sople con furia por espacio de seis dias. En ellos queda cegado con arena el foso del reducto, y cubierto el parapeto. Desengañados los ingleses, aceptan el consejo de los españoles, y cubren su fortificacion con las pitas, la cual desde léjos parece mas que reducto una huerta.

La junta de Cádiz propone á la regencia, que ella administre los caudales del Estado. Esta acepta el ofrecimiento, conociendo que mejor los manejarán comerciantes de reputacion y riqueza que el poder ejecutivo, cuando tan grande es la penuria pública.

En esto viene á turbar la union de Cádiz un suceso. El duque de Alburquerque, ufano y con razon, por haber salvado á Cádiz, y además con los blasones de su cuna, lleva á mal estar sugeto á una junta de comerciantes. Con altanería se queja de que las tropas no son atendidas, cual se debe: replícale enérgicamente la junta y replica igualmente el general: aquella y este se consideran con eminentes servicios y aun superiores, dignos de ser respetados. Divídese la opinion: el vecindario de Cádiz por su junta, y los forasteros y empleados por Alburquerque. La regencia se vé obligada á cortar la disension que reina en Cádiz, olvidándose todos de que el comun enemigo se halla al frente de sus muros. El duque de Alburquerque es nombrado embajador en Lóndres.

Cádiz experimenta graves inquietudes en aquellos dias. El 6, 7 y 8 de marzo un horroroso temporal aflige á esta poblacion. Desamárranse tres navíos y una fragata de guerra españoles, y ván á dar en las costas del Puerto de Santa María y Puerto Real. Sálvanse, como pueden, los marinos, combatidos por el huracan y los fuegos enemigos y auxiliados por las cañoneras, las lanchas y los botes de la escuadra británica. Un navío de guerra portugués, y un bergantin inglés de guerra igualmente, y veinte buques mercantes son víctimas del furor del viento y de las olas.

A los siguientes dias se entregan al fuego los navíos de guerra españoles por los franceses, á fin de que no se recuperen por nosotros, ya que ellos no pueden armarlos de nuevo en nuestra ofensa.

En los dias 16 y 26 de mayo repite el temporal sus furores. Aprovechan en el primer dia tal ocasion los franceses prisioneros en uno de los pontones, cortan las amarras y van á dar en las costas del Puerto de Santa María. Sálvanse á nado y reciben el auxilio y el aplauso de sus compatriotas. El 26 los de otro ponton imitan el ejemplo y con un suceso parecido.

Los franceses á todo trance necesitan el sitio del Trocadero, punta avanzada en el término de Puerto Real hácia la bahía que sirve de carenero, no sin grandes dispendios, por los fangos que allí constantemente se acumulan. Defiende el Trocadero el pequeño castillo de Matagorda sobre la bahía, pero cercano á la costa, y el castillo una guarnicion inglesa. Dos meses de incesantes fuegos no han podido vencerle; mas la fuerza irresistible de las baterías contrarias, últimamente establecidas, logra que el navío San Pablo se retire, en presencia de las balas rojas que sobre él caen. Bátese por los franceses á medio tiro de cañon el castillo,

y los ingleses, estando ya convertido en ruinas, lo abandonan el día 24 de abril. El general inglés que ha ido á su socorro, pierde una pierna en el combate postero, y por espacio de algun tiempo es objeto de la veneracion pública en Cádiz, al contemplar su pérdida en la defensa de esta plaza.

Vista la dificultad y el riesgo de mantener en bahía á los prisioneros franceses en los pontones, determinase su traslacion á la isla de Cabrera.

La regencia acuerda residir en Cádiz, como punto de mas importancia que la isla de Leon. El 29 de mayo entra en esta ciudad donde es recibida con ceremonias reales; fija su morada en el edificio de la Aduana. Al dia siguiente es el del rey don Fernando VII: celébrase con gran pompa y alegría: la regencia recibe córte en el palacio de la Aduana, acto concurrido cuanto puede ser. ¡Noble espectáculo el de una nacion reducida á los estrechos límites de esta isla, combatida por los enemigos que tienen en cautiverio al mismo rey, á quien se tributa este homenaje de amor! Pero en todos los espectáculos mas solemnes y tiernos siempre hay alguna extravagancia. El marqués del Palacio había solicitado de la regencia permiso para trasladarse de la isla de Leon el dia 30 con cien hombres vestidos y armados, como él decia en la peticion, de coraceros á la antigua española á cumplimentar á la autoridad soberana. Expídese una real órden para que el general en gefe don Joaquín Blake le facilite los hombres y caballos que pida, á su eleccion, lo mismo sargentos y cabos que soldados de seis regimientos que hay en la isla. Seis oficiales acompañarán al marqués.

El dia 30 vienen á Cádiz vestidos, no de coraceros, pues ni una sola coraza se vé, sino con jubon, calzas y capa corta, á la usanza antigua. Llega el marqués con su tropa, que tiene todo el aspecto de una comparsa de teatro. Entra en el salon de córte á tiempo que es recibida por la regencia: síguenlo los seis oficiales; él tambien vestido á la española antigua y con la faja de general al uso moderno. Adelántase al medio del salon, hace una gran reverencia, cálase unos anteojos, desnuda y empuña la espada, y en altas y destempladas voces lee unos desaliñados versos, exhortando á todos con el ejemplo de su persona á seguir las costumbres antiguas, á despreciar las modernas y á continuar lidiando por la buena causa. Acompaña sus voces con esgrimir la espada y tirar golpes al aire á diestro y siniestro. Lo estrafalario del vestido, lo alto y membrudo del personaje y malo de los versos causan risa á muchos, si bien se reprime. Retírase el marqués, recorre con su especie de cuadrilla de máscaras la poblacion, hasta que á la hora de anochecer toma con ella el camino de la Isla de Leon, muy ufano de haber animado al pueblo de Cádiz á abandonar las ropas y demás costumbres modernas. Y esta extravagancia, unos meses despues vale al marqués del Palacio el titulo de regente interino por las Córtes, cargo en que egecuta otras extravagancias, de ningun modo inesperadas, visto su carácter y el estado de su inteligencia.

Los patricios de Madrid, refugiados en Cádiz y la isla de Leon, determinan celebrar el 2 de mayo solemnes honras por sus conciudadanos ilustres, muertos por la independencia española en la córte dos años antes. La Iglesia de los Carmelitas descalzos está llena de inmenso pueblo: oficia el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo: asisten el general Castaños, presidente del consejo de regencia, el Nuncio de S. S., ministros y grandes, magistrados, generales españoles, y britanos de

mar y tierra, y numerosa oficialidad de las tres naciones amigas España, Portugal é Inglaterra. Sobre la puerta principal de la Iglesia se leen en una lápida negra estos versos famosos:

A los que mueren dándonos ejemplo
No es sepulcro el sepulcro, sino templo.

Un obelisco egipcio se eleva con figuras alegóricas en el centro de la plaza de San Antonio. Ocupan las tropas nacionales y aliadas la Alameda y muralla: truena el cañon en señal de duelo: vése desde allí la bahía en calma y poblada de buques: la costa frontera de que es dueño el francés enemigo.

Desde ella puede contemplar las muestras del entusiasmo público por el confuso bullir de la muchedumbre. Contribuye á esta solemnidad grandiosa en aquellos instantes la entrada de los dos navíos de línea, Algeciras y Asia, que anclan á la boca del puerto; y vienen de Veracruz y la Habana con siete millones de pesos fuertes y 4,000 fusiles. Son los socorros que nos envian nuestros hermanos de América.

Las tropas de la isla de Leon, solemnizan el dia y salen á hacer un reconocimiento cerca de Chiclana. Es necesario mostrar á los franceses que si el 2 de mayo es de vergüenza para ellos, debe ser de venganza para nosotros. Desalojan aquellas al enemigo: destruyen por medio del hierro y del fuego las obras que construian.

Al terminar el dia, celebrado con aquella magnificencia fúnebre, las gentes concurren á la Alameda, y allí escuchan las músicas militares y la cancion patriótica que ha escrito expresamente para tal dia, el poeta don Juan Bautista Arriaza:

¡Dia temible lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror!
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

En esta cancion invoca á las bellas hijas de este suelo, diciéndoles:

Sensibles hijas de la hermosa Gades,
Puedes sois modelos de filial piedad,
Los ojos llenos de ternura y gracia
Volved en llanto á la infeliz ciudad.
Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podeis llorar.

En tanto miran tristemente la ciudad de Cádiz los franceses: la escuadra española fondeada en su puerto: compuesta de catorce navíos y nueve buques mas entre fragatas y otros menores y la inglesa de diez navíos y siete fragatas y corbetas. Entran y salen buques con objetos de comercio y otros cargados de víveres. La libertad de abastos atrae la abundancia: sobra no solamente lo necesario para la vida, sino para la comodidad y para el capricho y hasta para remediar á otras ciudades y para nuestros ejércitos. Y en el campo francés, ante la ciu-

dad asediada, la escasez reina, pareciendo en esto mas que sitiadores, sitiados. (1)

Y en aquellos instantes mismos el Lord Mac-Duff y Sir Federico Crellet promueven la formacion de un fondo patriótico, no solo para estimular al soldado español con la seguridad de una remuneracion y consuelo por las gloriosas heridas que reciba, y le dejen inhabilitado para ganar su sustento, sino tambien para suavizar la amarga suerte de su esposa, hijos y parientes mas cercanos que queden en la indigencia ú horfandad. Se asocian al noble pensamiento de aquellos caballeros ingleses la poblacion de Cádiz y otros sujetos de aquella misma nacion y otros extranjeros, que en la ciudad residen.

No paran aquí los patrióticos donativos ni pararán seguramente. A últimos del mismo año se abre una suscripcion con el nombre de Don patriótico para proveer de vestuario, monturas y armamento á la partida del célebre, entonces coronel, D. Juan Martin, el Empecinado. El cuerpo que manda tiene ya 300 caballos; pero por falta de aquellos objetos no pueden entrar en él muchos intrépidos españoles, que desean combatir á las órdenes de un caudillo no menos práctico que afortunado.

Préstanse á dirigir las labores del equipo el duque del Infantado y D. Tomás Isturiz, con otros dos vecinos de Cádiz: admítense donativos en dinero ó efectos; y una vez mas demuestra esta ciudad su amor patrio y la bizarría de ánimo de sus moradores. Al año siguiente otra suscripcion se abre en 4 de Febrero para vestir á ochocientos jóvenes de la provincia de Madrid que quieren servir igualmente á la patria con el Empecinado. Hé aquí como se excita al pueblo para este nuevo donativo.

«Nosotros, guardados dentro de una fuerte plaza, nosotros que á pesar de las comunes desgracias vivimos en seguridad, dormimos tranquilos y tenemos en fin, aun mas que el preciso alimento ¿serémos insensibles á la voz del Empecinado, que como si pidiera para sí, nos pide casi por limosna los nuevos socorros que necesita para sus nuevos soldados. ¿Tendrán ellos obligacion de pelear, si nosotros no cumplimos con la nuestra, socorriéndolos con cuanto no nos sea necesario para vivir?» Así se expresa la santa voz del patriotismo en los gaditanos.

No son menos raros los hechos, que preceden á la expedicion que de Cádiz se dirige á las provincias del Septentrion, y á cuyos preparativos con viva fé ayudan los ingleses. El mando se confia á D. Mariano Renovaes, oficial guerrillero, valiente hasta lo sumo, pero desdichado siempre, sin duda por su imprudencia. Publica en la Imprenta Real y por orden del gobierno la proclama que él habia escrito para sublevar á los pueblos, en cuyo socorro ha de ir. En ella amenaza á los franceses con actos de los mas sanguinarios; y exclama: «Por consiguiente, ya se acabó la humanidad.» Denomina en este documento oficial al rey intruso José Botellas, y pone una llamada para una nota, en que aparece una figura malísimamente grabada, queriendo representar á José Bonaparte, con una

(1) 3.931 buques entran en el puerto de Cádiz el año de 1810: de ellos son españoles 2.354; ingleses, 871; portugueses, 409 y americanos, 256.

3.917 fueron los que salieron: de ellos españo-

les, 2.377; 984 ingleses; 239 portugueses y 274 americanos. Los demás son de otras naciones.

Desde 1808 á 1810 inclusive vinieron de América á Cádiz 71.616,268 pesos fuertes.

botella de vino en la mano y medio cayéndose por efecto de la bebida. Sale en otoño la expedición y su fin es harto desgraciado. Piérdese en los mares del Septentrion una fragata de guerra con los que la tripulan: el temporal dispersa los demás buques: las pocas tropas que desembarcan son completamente batidas por los franceses, y en medio de aquel conflicto el extravagante Renovales logra solamente salvar la vida.

Las córtés son, en esto, convocadas por la Regencia; pero formadas solo por el brazo popular: van llegando á la Isla de Leon los diputados electos y se alojan en las casas, que por órdenes superiores se les destinan. Instálanse allí las córtés el día 24 de Setiembre del mismo año de 1810. La salva general de los buques de guerra de la bahía, de los baluartes de la plaza y de las baterías del puente de Zuazo solemniza el acontecimiento. Juran en la iglesia mayor los Diputados y pasan al salon de córtés que se ha preparado en el teatro de la villa. El pueblo las aclama con las repetidas voces de ¡viva la nacion! Una marcha con himno se ha compuesto para ella, cuya letra, si bien de ningun valor poético, es al menos la expresion sencilla de un amor patrio sin númen, como revela esta estrofa con el coro.

Del tiempo borrascoso,
Que España está sufriendo,
Vá el horizonte viendo
Alguna claridad:
La aurora son las córtés,
Que con sabios vocales
Remediarán los males,
Dándonos libertad.

CORO.

Respira España y cobra
La perdida alegría;
Que ya se acerca el día
De tu felicidad.

Las córtés declaran que reside en ellas la soberanía nacional, hacen que los regentes la reconozcan y presten el juramento de obediencia. Todos, vencidos de las circunstancias, acatan la primera resolucion de las córtés, menos, por el momento, el obispo de Orense. La regencia ya no es otra cosa que el poder ejecutivo de las córtés, que gobiernan y legislan á nombre de la nacion para asegurar la corona en Fernando VII. Nombran las córtés nueva regencia, compuesta solamente de tres individuos.

Comienzan sus deliberaciones; pero ¿cómo? Al frente y á la vista de las huestes de Napoleon, despues de una guerra de mas de dos años, constante, heroica y desgraciada y siempre viva: el pueblo que acude á las tribunas, divisa desde las ventanas del edificio los centinelas de los enemigos en las líneas y los reductos, y casi puede ver al propio tiempo á los diputados, que, al legislar, demuestran que España es España todavía: el estrépito de los clarines y tambores mas de una vez distrae la atencion de diputados y público; y el estruendo del cañon de los franceses y el tronar de las baterías de los reductos españoles y británicos, que le responden, alternan en la bóveda del salon de córtés con los acentos de los que consig-

nan que no han de tomar durante el ejercicio de su diputacion gracia ni merced del poder ejecutivo, de los que proclaman y juran de nuevo por su rey á Fernando VII; y nula, como violenta, la cesion de la corona en José Bonaparte.

En la inmediata poblacion de San Carlos (parte de la Isla de Leon) hay una Academia militar recién establecida; cuatrocientos son sus alumnos y de tres en tres meses deben salir de ella cincuenta, aptos por sus varios conocimientos para ser buenos oficiales de cualquier arma. El cañon enemigo turba tambien el sosiego de sus aulas y sirve de recuerdo á los maestros para que mas vivamente enseñen á sus discípulos el deber de combatir sin tregua á los opresores de España.

Desde el 21 de Junio de este año se halla en Cádiz el célebre duque de Orlean, que ha reinado en Francia últimamente con el nombre de Luis Felipe. En medio de las salvas de la artillería de la plaza desembarca y desde los muelles se dirige al palacio de la regencia donde es recibido con toda ceremonia y asistencia del cuerpo diplomático, grandes y secretarios del despacho; desde allí pasa al alojamiento, que tiene preparado; y lo sigue y rodea un numeroso gentío que con el mas vivo interés acude á contemplarlo.

Habia solicitado de la regencia anterior un mando en el ejército de España; pero así los de la Junta de Gobierno como los Regentes mismos miran con cierto recelo á aquel príncipe. Los parciales de una constitucion liberal sospechan de él, creyéndolo adversario de las modernas ideas, por haber en la travesía de Sicilia á Cádiz el duque y su capellan hablado con un hijo de esta ciudad en sentido contrario al establecimiento de un código de aquella especie en España, por el peligro de que pasase á república mas adelante la nacion con el dilatado cautiverio del monarca.

Sigue en sus instancias el duque, y llega á exigir el cumplimiento de la promesa del mando, que le hizo el regente Saavedra, y en fé de cuya palabra habia venido á Cádiz.

Las córtes en sesion secreta acuerdan que el duque parta de esta ciudad inmediatamente. El, vestido de capitán general de ejército, monta á caballo, diríjese á la Isla de Leon, llega al humilde palacio de las córtes y pide la venia para hablar desde la barandilla. Las córtes por mucho tiempo lo hacen esperar en un sitio poco decoroso, y cual si no se tratase de un individuo de la familia Real. Al cabo determinan negarle lo que solicita y que inmediatamente salga de Cádiz, confiándose al general de marina don Juan de Villavicencio, la ejecucion de la partida y con órden de no perder de vista al duque hasta que la fragata Esmeralda leve anclas para Sicilia.

Invade la fiebre amarilla en tales dias á Cádiz; pero la entrada del invierno hace que los estragos sean pocos, y que merced á las precauciones sanitarias con la tropa, el mal no pase á la Isla de Leon.

Los franceses sitiadores habian construido en Sanlúcar de Barrameda veinte y seis lanchas cañoneras: una noche salen de aquel puerto en direccion del de Santa María, caminando cerca de la costa: son vistas en frente de Rota por las fuerzas marítimas españolas é inglesas. Acuden las sutiles á apoderarse de ellas; trábese un vivo combate; pero las cañoneras enemigas están bajo los fuegos de la numerosa artillería que las vá siguiendo por la costa. Al fin logran entrar en el Gua-

dalete, victoria que es de ningun efecto, pues no pueden salir del rio durante el asedio. Tal vijilancia se ejerce desde entonces sobre aquel punto.

Créese Cádiz segura de un bombardeo, cuando el dia 1.º de Diciembre de 1810 una granada de gran tamaño y rellena de plomo viene á caer en el centro de la ciudad (1). Aterrorízase esta por el primer momento, viendo desvanecida su confianza; pero al experimentar que las granadas no revientan y que por tanto no ocasionan mayor estrago que el de su caída y que todas las que se lanzan en ese y los siguientes dias, no tienen el alcance de la primera, recóbrase la tranquilidad, y conviértese el bombardeo en objeto de los cantares festivos de un pueblo, por naturaleza alegre, invencionero y burlo:

Váyanse los franceses
en hora mala;
que Cádiz no se rinde
ni sus murallas.

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
hacen las gaditanas
tirabuzones.

Con las bombas que tira
el mariscal Soult,
hacen las gaditanas
mantillas de tul.

Estas y otras semejantes coplas entona el regocijo popular durante el asedio en burla del mariscal que lo manda, y del ponderado invento del obus del ingeniero francés Villantroys.

Así termina el año de 1810. Al empezar el de 1811, se acuerda que no se malgasten municiones ni vidas en molestar desde las líneas de la isla de Leon á los sitiadores en combates parciales é inútiles. Projéctase una expedicion para acometerlos por retaguardia. Manda el general don Manuel de la Peña las tropas españolas y el general Graham las auxiliares británicas que se embarcan en Cádiz. Un puente de barcas se echa sobre el rio Sancti-Petri para proteger nuestras tropas; pero á favor de un descuido nuestro, los enemigos se enseñorean del puente y lo gran pisan, aunque por breves instantes y á costa de muchas vidas, el territorio de Cádiz, pues son rechazados. Queda cortado el puente.

Adelántanse nuestras tropas el dia 10 de marzo por el camino de Algeciras. Trábase la batalla que tiene el nombre de Chiclana. En ella perece el general frances Ruffin, y es herido y prisioneró su jefe de Estado mayor Bellegarde. Villatte queda herido. El general de brigada Rousseau-Chaudron y dos coroneles yacen en el campo.

Nuestro generales y jefes quedan salvos.

El general inglés se apodera á bayoneta calada de las alturas del cerro de la Cabeza del Puerco Pero en medio del combate, se indigna Graham al ver que no ha recibido de los españoles socorro, y se retira á Cádiz con sus tropas y prisioneros por el restablecido puente de barcas. Al siguiente dia lo sigue el ge-

(1) Cerca de la torre de vigia, conocida por de Tavira.

neral español la Peña con las suyas. El ilustre poeta don Angel de Saavedra, hoy duque de Rivas, que despues de herido en la batalla de Ocaña, se encuentra en Cádiz, como ayudante segundo del Estado mayor general, vá en medio de la batalla, de órden de la regencia, para volver con el primer aviso del éxito del combate.

Monta un caballo que habia pertenecido al general Solano. Llega á la Isla, pasa el puente, se avista con el jefe de Estado mayor don Luis Lacy, el cual le manda, aprovechando la circunstancia de su venida, que al frente de un batallon se apodere de un reducto enemigo, que molesta mucho con sus fuegos. A la cabeza de las tropas vá don Angel Saavedra, y logra enseñorearse de aquel punto, no sin recibir una ligera herida de un bayonetazo en la frente. Con esta insignia de honor vuelve á Cádiz á dar á la regencia nuevas de la victoria, obteniendo en seguida el grado de teniente coronel.

Durante la batalla se emprende un desembarco en las costas del Puerto de Santa María: por breves momentos logran entrar en la ciudad nuestras tropas, siendo acogidas con júbilo; pero pronto acuden fuerzas superiores y se ven obligadas á abandonar la empresa.

Graves cuestiones entre la Peña y Graham hay de resultas del combate y hasta papeles impresos, y un aplazado desafio. Media la regencia y concede al general inglés la grandeza de España con el título del cerro de la Cabeza del Puerco. Acéptalo Graham con reconocimiento; pero á poco, y comprendiendo que puede tener equívoco el título, tal vez porque se lo hacen notar, lo renuncia descortés y altaneramente.

La caridad de los gaditanos acoge con el amor mas vivo á los heridos y demás oficiales y soldados que vuelven del combate. Sin escitacion alguna por parte de las autoridades, ofrece sus casas y sus cuidados para conservar aquellas preciadas vidas, y darles un testimonio de la gratitud de la patria.

Nueve dias despues, es el de José Bonaparte. Jerez de la Frontera habia obtenido el título de capital de prefectura con su nombre, debiendo crearse dos subprefecturas, una en Cádiz y otra en Ronda. Véase la forma con que se celebra el dia del monarca intruso. La vispera, á la puesta del sol, hay salvas de artillería, y á las ocho de la noche repique general de campanas, que se repiten á las siete de la mañana del dia 19 y á la hora del Te-Deum. Las autoridades civiles y militares y españolas se reunen en las casas de don Juan Ponce de Leon, prefecto del Departamento. A las doce sale de ellas la comitiva con numerosa escolta. Las tropas están formadas en la carrera hasta la Iglesia mayor, donde se canta una solemne misa y un Te-Deum.

A las cuatro de la tarde hay un banquete en las casas del prefecto, á que asisten las autoridades principales francesas y españolas, y á las nueve de la noche un baile en el mismo edificio. Son maestros de ceremonia para la funcion de Iglesia el comandante Luis François y don Pedro Riquelme, miembro de la municipalidad, y maestros de ceremonias del baile don Jacobo Gordon, los capitanes Marnier y Villate y el mismo Riquelme. Asisten al Te-Deum entre los generales franceses y en preferente lugar, los generales españoles Vergara y Orbaneja.

La junta de Cádiz, ya no es superior de gobierno: reducida á menos atri-

buciones, cuida sin embargo, de auxiliar al gobierno en la defensa de la ciudad, y de facilitarle medios pecuniarios. Aun resuena en Cádiz el acento de aquellos nobles patricios, cuando necesitando la regencia veinte millones de reales, acude la junta á pedirlos al embajador Británico. Este se escusa con que no tiene instrucciones de su gobierno. Irritados los de la junta ofrecen en hipoteca el caserío de Cádiz.

No cede de su negativa Wellesley, hasta que uno de los vocales dice: » Pues bien: sí V. E. no facilita esos millones en letras sobre la tesorería real de Inglaterra, un barco nos espera para pasar al Puerto de Santa María, donde con esa misma hipoteca pedimos al mariscal Soult el dinero.» Al punto cede Wellesley y entrega las letras, que son negociadas el mismo día.

Ante estos ejemplos de patriotismo y energía que Cádiz dá, los escritores españoles, parciales de José Bonaparte, procuran por mil medios exhortar á la ciudad á abandonar la causa de la nación. En junio de 1811 decia lo siguiente el autor del folleto, Carta de un español al general Castaños, despues de la batalla de la Albuera.

»Qué hacemos, pues, divididos los que hemos nacido para vivir bajo una religion, costumbres y leyes? Contigo hablo. ¡oh Cádiz! ornato y riqueza de Andalucía y aun de toda España, ¿por qué no dás la paz á las provincias que causaban antes tu abundancia y activaban tu comercio? Nosotros no podemos libertarte, así como á nosotros no nos libertaron los que hoy te gobiernan. Por qué, pues, causas nuestra destruccion con tu exterminio?

Esto escribe probablemente el célebre literato don Félix José Réinoso. El no menos célebre poeta don Juan Melendez Valdés, que al empezar la guerra había compuesto dos ardientes romances octosílabos contra los franceses por la independencia de la patria, ya parcial de José Bonaparte dice en un opúsculo dirigiéndose á los gaditanos.

»No os envanezcáis, pues, de ese rincon, ni os deis en vuestra cárcel por libres y seguros: las bombas y el cañon llegan á todas partes: hoy sufris los desprecios de esos ingleses que os han tiranizado y mañana os vereis sugetos y rendidos á las fuerzas del rey buscando humildes su amparo y proteccion. Entonces será el día de la vergüenza y del oprobio.»

De este modo se equivoça el talento.

Las Córtes desde el 24 de febrero de 1811 están en Cádiz adonde se trasladaron despues de celebrar sesion tres dias antes en la Isla, sin que hayan querido ser recibidas con solemnidad. La Iglesia de San Felipe Neri, es destinada para sus sesiones, y allí las prosiguen reformando la legislación española, y discutiendo la Constitucion de la monarquía.

Llámanse las Córtes generales y extraordinarias sobrando aquí la partícula conjuntiva, pues su verdadero nombre es el de Córtes generales extraordinarias.

Nota esto el literato Don Antonio Puigblanch, y cierto día se encuentra con su célebre compatriota don Antonio Capmany, redactor que es del diario de la regencia y diputado á Córtes, y que por su pericia en la lengua castellana merece ser quien antes de leerse á las Córtes la Constitucion, corrija su estilo. No se tra-

taban ni mas se volvieron á ver despues de este suceso. Capmany en un puesto de papeles públicos con muy alta voz cual suele, diserta sobre el idioma castellano. Puigblanch le dice el error cometido en su sentir, y Capmany con aquella ingenuidad, aquella franqueza, tan propia de él, le responde que la observacion es justa y todo una inadvertencia.

Antes de este suceso don Antonio de Capmany, escribe á un amigo ausente de esta ciudad una picante carta, dándole nuevas de lo que ocurre. Intercéptanla los franceses: hácese público el contenido. Los regentes están pintados de un modo satírico y no se ofenden, y rien con los chistes de la carta, y hasta se pasea en público uno de ellos con el propio autor, y gratamente los comenta.

Háblase de los ingleses en la carta motejándolos sobre el bruñido de sus dientes y botas, y su diversion en los bailes de gitanas; y desde entonces los ingleses mismos mas afecto demuestran á Capmany. Wellesley lo convida á comer el mismo dia en que la carta es conocida: los ingleses que al banquete asisten, glosan en él alegremente los chistes.

Nace á poco una discordia violentísima entre el mismo Capmany y el famoso poeta don Manuel José Quintana, secretario que es de la interpretacion de lenguas é individuo de la suprema junta censoria. El primero habia publicado dos folletos con el título de *Cartas de un buen patriota*, en que reprende el estilo escesivamente poético y algun tanto afrancesado, que antes en las proclamas de la junta central, y ahora en las de la regencia, usa su autor Quintana, de quien dice que quiere morir proclamando y quedarse al fin con el dictado del proclamista, del mismo modo que el real profeta David se conoce por el Salmista. (1)

Lleva Quintana muy á mal estos escritos y con el título de *Contestacion á los rumores y críticas* dirige cargos severos y epítetos fuertísimos contra Capmany.

Este, mas que defensa, escribe nuevas invectivas contra su adversario en su *Manifiesto* (2), si bien procura vindicarse únicamente del cargo, que se le ha dirigido, de hombre envidioso: recuerda que aconsejó á Quintana que dedicase su pluma á la prosa por haber cultivado bastante el campo de la poesia para su gloria; que le incitó y aun reprendió por su pereza, para que no dejase de las manos y concluyera las vidas de los varones ilustres; que él le buscó, no como amigo, sino como un padre á su hijo, noticias, documentos, memorias y libros para la vida de Roger de Lauria y del Príncipe de Viana, hasta llevarle á su casa y de noche y bajo la capa pesados volúmenes; que él admitió el encargo que le hizo Quintana de repasar los borradores de las vidas, de advertirle cuantos yerros en-

(1) Carta de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla escrita á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz. Fecha 18 de Mayo de 1811. Cádiz, Imprenta Real.

Segunda carta del buen patriota etc. Su fecha 20 Junio de 1811.

(2) Manifiesto de don Antonio de Capmany en respuesta á la contestacion de don Manuel José Quintana. Cádiz, Imprenta Real 1811.

Termina diciendo:

”La otra dentellada, ya que el señor Q. me trata como á jabalí, que dí á su persona y de que tanto se resiente, para que se hable de ella aun despues de muerta, no fué otra cosa que el haber cubierto su nombre y apellido con el velo alegórico del *Panduntur portæ* para que solo el amigo me entendiese y los franceses se quedasen en ayunas. Pudiera haber callado el señor Q. esta anécdota, á menos de que quiera que yo descubra la alusion y su ridículo oríjen.”

contrase, y que este rectificó y enmendó casi ciegamente cuanto le dijo: y por último que hasta le escitó á concluir esas vidas a fin de que ingresase por ellas en la Academia de la Historia. Y á pesar de la acritud con que fué reprendido Capmany por Quintana, aquel hace la justicia debida á sus costumbres diciendo: «El señor Quintana es persona digna de aprecio por su conducta privada y por su talento é ilustracion y á esta justa consideracion yo me suscribo.»

Escandaliza mucho esta controversia por lo duro de los sarcasmos mutuamente lanzados, y por ser entre dos literatos tan eminentes, y á quienes tanto deben las letras y la política española en aquellos gloriosos días. Tercian en ella otros literatos como Martínez de la Rosa, en defensa de Quintana (1): uno de ellos dice que Capmany quiere adquirir el título de Dictador de la lengua castellana. Y como Capmany hubiese retratado en el Manifiesto á varios literatos eclesiásticos de la tertulia de Godoy con horrendos colores y algunos creyesen que entre ellos estaba aludido D. Juan Nicasio Gallego, éste se apresura á escribir á Capmany pidiéndole que declare la verdad públicamente: que él no se encuentra en el caso de las personas zaheridas. Hácelo así ingenuamente Capmany, y termina este suceso literario.

Desde 1810 está en esta ciudad el ilustre poeta D. Francisco Sanchez Barbero, entre los Arcades de Roma, Floralbo Corintio, y es uno de los editores del afamado periódico El Conciso. La vista del mar de Cádiz le inspira este excelente soneto:

Por la primera vez enagenado
Te admiro ¡oh rey del húmido tridente!
Y á tu inmenso poder mi humilde frente
Inclino, de pavor desalentado.
Mas de pomposa magestad cercado
Desplegaste: con ímpetu inclemente
Corres: un paso mas, y el continente
Desaparece súbito anegado.
Perdona al español que sacudiendo
La esclavitud de sí, fácil abrigo
Busca ¡oh mar! en tu imperio proceloso.....
Salud: por tí mi libertad consigo,
Y el bárbaro opresor que lo está viendo
Los hierros que rompí muerde rabioso.

Un amigo y admirador del ingenioso poeta le exhorta á cantar los males de la patria y las glorias de la nacion en la lucha heróica, que se sostiene, para que repitan sus acentos las hijas de Cádiz

Oigamos repetidas
Por mil graciosas bocas
De las afables ninfas,
Que el gran emporio adornan,
Canciones á la patria,
Y que respiren todas
Rencor inextinguible
A la Francia alevosa.
¿De tu metro elegante

No son merecedoras
Gerona, horror de Francia,
La inmortal Zaragoza,
Y la ciudad de Alcides,
Que impávida la arrostra,
Mil rayos fulminando
A sus feroces hordas,
Que desmayadas tiemblan
En la vecina costa?

(1) Bosquejo de una crítica á la carta de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla es el título de un opúsculo: el del otro es Carta del maestro de escuela de Polopos al buen patriota disimulado en Sevilla, gramático por excelencia é incansable crítico de proclamas.